

PROLOGO DEL "LIBRO HOMENAJE AL PROFESOR DOCTOR IGNACIO CHAVEZ  
EN OCASION DEL XXV ANIVERSARIO DE SU RECEPCION PROFESIONAL.

Nacho Chávez cumple 25 años de médico. Cinco lustros en lo infinito del tiempo nada son, pero en la fugaz existencia humana representan un tercio.

El primero se gasta en la formación de los hombres, en el segundo los seres producen y crean, en el tercero declinan y desaparecen. Así puede esquematizarse nuestra vida en México.

Naturalmente que esas fases tienen variaciones y matices de un caso concreto a otro, particularmente las dos primeras; hay más de común en la última.

Muchos -los más- llegan a adultos casi sin más formación que la puramente biológica; en sus primeros 25 años adquieren tan sólo nociones rudimentarias de cultura o de técnica; su contribución más importante a lo colectivo, es casi exclusivamente la perpetuación de la especie: vivieron en lo anónimo y en él desaparecieron.

Otros -ya menos- sobresalieron un poco en el conjunto; se les conoció en un círculo de pequeño diámetro de una actividad cualquiera.

Una minoría, afortunada por su calidad y por la preparación que recibió, forma por su saber, por su arte, por su virtud o por su habilidad, el estrato superior y dentro de él todavía se yerguen unas cuantas capacidades supremas que no solamente absorben lo que el propio medio les ofrece, sino que atisban en otros, que superan lo que encontraron, que modifican su ambiente y que proyectan su fuerte silueta en el panorama de lo nacional y - aún de lo distante.

Nacho Chávez es de estos últimos: su niñez y buena parte de su juventud se van en su preparación, que hace cuajar un hombre completo; pasa por las aulas como un modelo de estudiante y de muchacho, con el pecho revestido de medallas; lleva dentro un corazón bien puesto; oro afuera, prendido por los hombres; oro adentro, de mayores quilates, dádiva de Dios. Es médico poco antes de los 25 años de edad.

Apenas concluida su carrera profesional, va a Michoacán, su Estado natal, y el Gobierno local lo aprovecha en la Rectoría de aquella provincia. Desde su sitial se percata de que el claustro que se le ha confiado está en letargo, adormecido, respirando solamente el aire de la provincia que casi lo asfixia y entonces le trasmite sus impulsos juveniles, lo reanima, lo renueva y le señala horizontes que antes ignoraba.

Concluida su primera empresa al servicio público, regresa a la Capital para entregarse a su vocación por las enfermedades cardíacas, que ya

se esbozaba en el estudiante, al escribir su tesis para el examen final, sobre los efectos de la digital; después va a Europa y recorre centros cardiológicos.

Sigue acá trabajando, estudiando y leyendo, con sed inextinguible de dominio de su profesión y de la cultura, y en pocos años adquiere relieve de un especialista, el primero entre nosotros, ya que nadie antes había - hecho una actividad especial de ese sector de la patología.

Ya plenamente formado, se dedica a la cátedra y a crear un Servicio de Cardiología en el Hospital General. Se preocupa también por ir preparando otros especializados, para lo cual toma de la mano a los jóvenes - que lo rodean y que más se distinguen en el empeño de ahondar esa disciplina.

Su prestigio, ya bien destacado, de médico y de hombre, lo lleva a la Dirección de la Facultad de Medicina. Encuentra lo que conocíamos: un edificio arcaico, de tipo constructivo conventual, adaptación de aulas en - locales estrechos y sombríos, remede de gabinetes y de laboratorios, pobreza dondequiera, obscuridad, humedad; mucho que mejorar en la enseñanza misma; mucho que enderezar en la conducta del alumnado, y decide emprender una obra amplia e integral.

Aprovecha, para mover recursos, que pronto sería el primer centenario de la fundación de la Facultad. Atrae a sus fines próceres y presé - litos y meses más tarde se miran aulas y salones espaciosos, limpios, cla - ros, con mobiliario decoroso; gabinetes y laboratorios bien adaptados y do - tados, bibliotecas que incitan a pasar y estudiar; un auditorium severo y - amplio, oficinas con excelente presentación y gusto fino, etc....

Renovando el cuerpo de la Facultad, entra vigorosamente a la re - forma pedagógica, que antes de las modificaciones materiales hubiera sido im - practicable en gran parte; entonces culmina la incomprensión absurda de su obra, alentada por los intereses que viven de la demagogia estudiantil. Los primados universitarios coquetean vergonzosamente con las fuerzas disolven - tes y el Dr. Chávez se va de la Facultad. Sale por la puerta majestuosa del plantel, mirando hacia arriba, dolorido por los dardos que le clavó la ingra - titud de los de abajo y de los de arriba, pero no amargado. Sabe que los reformadores a menudo son devorados por su propia obra y generosamente perdo - na y olvida.

Da un paso más el tiempo y lo hace ir a la Dirección del Hospital General, nuestro mejor centro hospitalario. De antaño lo conoce, y está per - suadido de que le urge un Estatuto de Provisión de Médicos, basado en la ap - titud, en la eficiencia y en el factor moral, que cierre el paso a la amistad y al favor de los próceres, y lo implanta decididamente. Renueva algunos servicios, dota a otros y realiza algunas mejoras materiales más, contenido siempre su deseo por las limitaciones económicas de la entonces Beneficencia Pública.

La nueva modalidad de hacer Jefes de Servicio, Adjuntos, Agregados y demás personal, hace que abandonen el Hospital elementos "quedados" y forma valladar a ambiciones ilegítimas, lo cual suscita múltiples animadversiones.

Opta por irse de la Dirección y se refugia en la tranquilidad de su Servicio de Cardiología, pero deja a sus espaldas la reforma y la renovación.

Hombre de inquietudes y de pasiones generosas, voluntad creadora, ya para entonces concebía la idea del Instituto de Cardiología. El proyecto había girado mucho en su cabeza y como realización apenas era cimientos. La erección del edificio soñado sería su nuevo empeño y a él se consagra con ardor fanático. Sin dinero para proseguir va de aquí para allá, rindiendo amistades y moviendo influencias: explica, argumenta, convence y la obra sigue; y así, doblegando obstáculos con sus entusiasmos, al cabo de varios años de brega, el Instituto es un hecho. Modelo de creaciones médicas de servicio social, de capacitación especializada, de investigación aplicada o abstracta, orgullo de América.

Antes de que se inaugurara el Instituto, fue nombrado el Doctor Chávez miembro de El Colegio Nacional, grupo de eminentes en la Ciencia, el Arte y la Literatura, que formó la Secretaría de Educación Pública para que hable al país.

Más recientemente todavía, se le llamó a la Junta de Gobierno de la Universidad Nacional.

Esta es en síntesis, la obra de 25 años de este médico, el resumen de lo que ha realizado en el tercio medio de su vida desbordante, generosa y altruista. Su alma nítida, hasta hoy carece de mácula, nada empaña el cristal de su conciencia.

Para el último tercio de su vivir, cuenta aún con reservas de fortaleza en su cuerpo y con un espíritu ágil y vigoroso, que son promesas; su fase socialmente útil, aún no termina.

Por lo que ya realizó, y en reconocimiento a la calidad del hombre, en quien como caso raro, hacen parejas talento y virtud, un grupo de amigos y de discípulos, mexicanos y extranjeros, se ha unido para dedicarle en el XXV aniversario de su doctorado, un cálido homenaje del cual forma parte la publicación de este libro, cuyas primeras páginas contienen el bosquejo de una vida ejemplar.

DR. SALVADOR GONZALEZ HERREJON.

México, D. F., marzo de 1945.